La amenaza

Un rey, una dama, una torre, un alfil y un caballo de ajedrez están en el tablero representados por las letras J, K, L, M y N, aunque no necesariamente en este orden. Deduzca qué pieza es cada letra, sabiendo que cada número indica cuántas piezas amenazan a dicha casilla.

			J				
					K		
2							2
	N						
					M		
	L		3				

SOLUCION

J = Dama; K = Caballo; L = Torre; M = Alfil; N = Rey.

Número oculto

Deduzca un número de cuatro cifras distintas, que no empieza con cero, a partir de las pistas numéricas. En la columna B (de BIEN) se indica cuántas cifras correctamente ubicadas tiene ese número con el buscado. En la columna R (de REGULAR) se indica la cantidad de cifras comunes, pero fuera de posición.

				B	R
				4	0
3	7	8	2	0	2
2	4	7	6	1	0
1	6	8	5	1	0
2	5	0	3	1	0
9	4	8	0	0	1

SOLUCION 1973

Verano/12



(Por Manuel Vicent) La gloria consiste en tener un mono amaestrado que va tocando el tambor delante de ti para abrirte paso. Sus redobles anuncian tu llegada a donde quiera que vayas. Si tu gloria es grande, el mono añade más adornos a su vistoso uniforme hasta cubrirlo por completo de medallas, fajines, escarapelas y brocados de oro; y si además tu gloria es duradera, este mono heraldo se convierte al final en un hermano del cual es imposible prescindir. Alguna gente importante incluso lo llama a altas horas de la noche para que toque el tambor mientras va perentoriamente al cuarto de baño y luego se mete otra vez con él en la cama, aunque a las ocho de la mañana es el propio mono quien despierta al amo con un largo redoble. Ambos se reconocen abrazados entre las sábanas y ya no se separan en todo el día. Cuando la gloria se inicia, el mono se encarga tan sólo de franquear las puertas haciendo sonar el tambor, pero con el tiempo el personaje que le sigue acaba imitando cada uno de sus gestos: así en ocasiones se ve a un político reír con enormes encías, a un intelectual profundo rascarse las axilas con una gracia especial, a un artista condecorado pintar con el rabo, a un cómico de fama recitar el monólogo de Hamlet con una mano en los genitales, a un invicto militar comer cacahuetes con la gorra de plato echada hacia el cogote. También el mono aprende muy pronto a reproducir con maestría los actos que su dueño realiza: se ducha, hace unas gárgaras, lee la prensa, juega a la Bolsa, copula los sábados, acepta condecoraciones, contesta las cartas. La gloria les une de tal forma que los hace intercambiables y llega un momento en que el político manda en su lugar al propio mono al Parlamento, el profesor a la cátedra, el obispo a la catedral, el militar a la guerra, el juez al tribunal.

Y ellos se quedan en casa. Todo el mundo tiene un mono a su medida agazapado en el interior esperando la gloria. Cuando oigas dentro de ti que un tambor comienza a sonar, tiembla. La hora de tu consagración ha llegado.



UNA VID

En la edición de ayer de Verano/12 se publicó el comienzo de "Una vida", un cuento de Ricardo Piglia inédito en la Argentina. A continuación, la segunda y última parte del relato escrito por el autor de "Respiración artificial" y "Prisión perpetua", entre otras obras.

Esa tarde llegó y abrió la puerta del departamento con la llave de la portera. No corrió las cortinas, no destrabó las ventanas, sencillamente se sentó en una silla, bajo la luz de la lámpara, y se puso a mirar conmigo en la TV el partido Inglaterra-Francia por los cuartos de final de la Copa de las Cinco Naciones. Sabía yo, dijo al rato, que Kasparov acababa de introducir una variante en la formación Schveningen de la Defensa Siciliana. La variante de Kasparov, en la décima partida de su match con Karpov, era tan sutil, dijo mi hermana, que uno podía asimilarla a la magia y a la adivinación. No sólo prevé el desarrollo de toda la partida, sino que produce las jugadas de su rival, una tras otra, como si le construyera un oráculo. El futuro, dijo mi hermana, no depende de ninguna decisión moral, sino del grado de exactitud con el que se puedan prever las alternativas cifradas en el presente. Después me dejó un kilo de uvas sobre la mesa, se despidió y se fue. No conozco mejor ejemplo de amor fraternal.

Stevensen quería mucho a su hermana y no quiso decepcionarla. De modo que se bañó y se afeitó y abrió las ventanas y se dedicó a leer su correspondencia atrasada. La primera carta era una invitación para residir tres meses en la Maison des Écrivains Étrangers et des Traducteurs. Aceptó de inmediato. Iba a trabajar en sus Diarios, quería revisar toda su vida. ¿Cómo había llegado a ese extremo? ¿Dónde estaba la falla que lo puso al borde del suicidio? Metió sus cosas en una valija y se vino a Saint-Nazaire.

Usted conoce la Maison, un lugar perfecto para trabajar. Con el escenario del puerto como paisaje personal, casi sin salir de la casa, empecé a releer mi pasado. Al principio entraba en los cuadernos por cualquier lugar, buscaba una pista que me orientara en la selva oscura de mi vida.

En esos Diarios había algo escrito que él nunca había leído; un enigma que tenía que descifrar y que le iba a permitir entender todo. También yo todas las noches me acostaba temprano, me dijo, también a mí me despedía mi madre con un beso. Pero no quería empezar tan atrás. No creí en el origen, en ningún acontecimiento epifánico que condensaba involuntariamente la memoria.

Quería actuar de otro modo. Tomaba un hecho cualquiera, un hecho aislado, elegido al azar, y lo trataba como si fuera un crimen. Por ejemplo, una vez, veinte años atrás (la tarde del 12 de mayo de 1970), en la estación de ferrocarril de Dublín, perdí mucho dinero jugando contra una mujer que estaba vestida como una campesina y tenía una habilidad maléfica con las manos. Se ponía un botón negro en la mano derecha y cuando abría los dedos lo tenía en la mano izquierda. Los puños cerrados sobre una valija de cartón que apoyaba sobre las rodillas; la gente formaba un círculo en silencio a su alrededor. Empecé a apostar porque estaba aburrido. La mujer miraba hacia el pasillo de la izquierda, de vez en cuando, porque temía ver aparecer a un policía. Después cerraba los dedos. La mano izquierda o la mano derecha. Yo perdía una y otra vez. Un botón negro, de nácar, con tres agujeros en el centro. Volví a apostar y perdí. Doblé la apuesta y perdí otra vez. La mujer abría los dedos, me mostraba la piel oscura de la palma de las manos, el círculo negro siempre del otro lado. Volvía a jugar y volvía a perder y seguí jugando hasta que ella fingió que llegaba la policía y se perdió entre la gente. Me quedé sentado en ese banco de madera, en la estación de ferrocarril de Dublín, frío y lúcido, con ganas de seguir jugando, sin animarme a contar el dinero que había perdido.

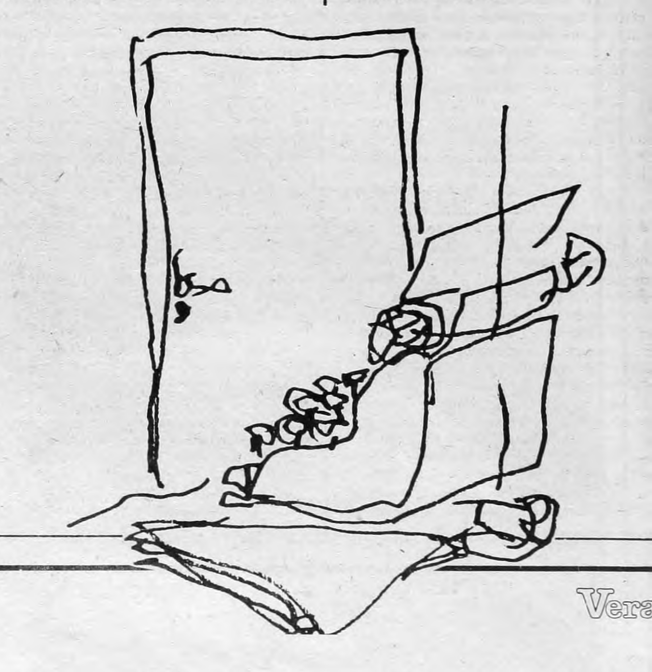
Algunos detalles quedaban detenidos en el recuerdo como una puerta que no lleva a ningún lado. Alguien había escrito con letras rojas: *Fragile. To Liverpool*. Un joven con una mancha color borravino, de nacimiento, en la mejilla, trataba de esconder ese lado de la cara. Tenía una mirada huidiza y se reía con una mueca de satisfacción cada vez que la mujer hacía aparecer el botón negro en la mano equivocada.

Empecé a trabajar con series de acontecimientos, con el concepto de serie, con el concepto de serialización. Me interesaban sobre todo las descripciones laterales, los detalles sin importancia que había anotado al narrar cualquier situación. Por ejemplo la tela de araña que cubría un agujero microscópico en el zócalo del galpón donde yo esperaba tirado en una colchoneta que me llevaran al ejército. Tomaba pequeños núcleos, acciones insignificantes. La descripción del color de una pared. Todas las descripciones del color de una pared. Empecé a trabajar con el *ordenator*. Escribía: Dublín. Escribía: Juegos de azar. Veía aparecer lo que había escrito durante años; situaciones perdidas, historias olvidadas, como si tuviera frente a mí una máquina biográfica. Trabajaba con segmentos combinados y divisiones cada vez más pequeñas de mi vida. Construía secuencias largas, de diez o doce años, y trataba de reducirlas a una serie mínima de datos. Pero las series remitían unas a otras y la cadena parecía no tener fin. Si tomaba un acontecimiento y seguía su rastro encontraba una cantidad casi infinita de variantes y ramificaciones. La red crecía, todos los hechos parecían tener un rasgo común. De ese modo descubrí la repetición. Los hechos se repetían. Los mismos acontecimientos aparecían una y otra vez. Pero ¿en qué orden? ¿A partir de qué lógica? Empecé a buscar la explicación. Los cuadernos se convirtieron en un jeroglífico. Había un lenguaje secreto escondido entre las palabras. Pasaba horas frente a la pantalla del *ordenator*.

Para descifrar un enigma hay dos alternativas: la acumulación infinita de datos diferentes o la utilización infinita de un mismo dato. Se puede tomar una serie, cualquier serie y ver cómo se transforma y reaparece y se reproduce. O tomar un hecho, una partícula insignificante de vida (un botón negro, de nácar), y seguir su recorrido invisible en la multiplicación de los días. Un hecho, una serie: ¿en qué punto construir la relación? Por ejemplo: mi hermana. A veces dice que se llama Erika Turner (se llama Maggie Stevensen). En todos lados escribe ese nombre. Practica la filosofía como un arte del seudónimo. Una tarde, en el hospicio irlandés donde iba a morir mi padre (y el padre de ella), mi hermana dijo que los borrachos bebían en realidad porque buscaban ser encerrados en un manicomio en las afueras de Dublín. Buscan extinguirse, dijo mi hermana, en la más completa pasividad maníaca, envueltos en una frazada del ejército, de cara a los vidrios empañados de la ventana. Lo dijo delante de mi padre que nos miró con sus ojitos de zorro y después se sonrió. Cuando éramos chicos desarmaba los relojes y con los engranajes nos construía máquinas diminutas que no servían para nada pero que funcionaban toda la vida. Y ahora internado en un hospicio, en Dublín. Por mi parte había estado tres veces en Dublín. La primera encontré a la mujer vestida como una campesina en la estación de trenes; la tercera fui a visitar a mi padre; la segunda, un amigo de la infancia, que había hecho conmigo toda la escuela, me invitó a su casa y nos quedamos conversando hasta el amancer. Su mujer era hosca y callada y enseguida se fue a dormir y nos dejó solos en el living tomando cerveza negra. Mi mujer desapareció durante tres días de mi casa, en 1978 o 1979, me empezó a contar mi amigo. No me quiso decir dónde había estado. Me dijo que si yo le hacía otras preguntas relativas a su viaje a Francia, desaparecía inmediatamente de mi vida para siempre. Se metió en la pieza y empezó a jugar con nuestra hija de dos años que se calmó instantáneamente al verla entrar pese a que se había pasado dos noches y dos días llorando casi sin parar cuando su madre se fue. Nunca supe qué había hecho mi mujer en esos días en Francia y a veces me sucede que me despierto sorprendido en medio de la noche y la veo sentada en un sillón, fumando en la oscuridad, de cara a la ventana, entonando con su voz imperceptible una canción italiana.

Dublín, Irlanda: mi padre, la mujer de la estación, las canciones italianas. Los vidrios empañados de la ventana, la frazada del ejército con una franja amarilla sobre la tela gris. La repetición. Avanzaba lentamente a ciegas. Había una salida pero tardé en encontrarla. Di vueltas, durante días, hasta que una tarde se me ocurrió que también tenía que tener en cuenta el modo en que los acontecimientos estaban escritos. La forma en que había sido narrada mi vida, el estilo de las notas. Entonces, de a poco, todo se empezó a aclarar. Una mañana, después de casi veinte horas de trabajo, con una sencillez extraordinaria comprendí algo esencial: no era necesario regresar al pasado. Las repeticiones se producían invariablemente. Pero había que invertir el orden. Avanzar desde el presente hacia el porvenir. El Diario debía ser leído como un oráculo. Todo estaba claro. Ahora sólo tenía que probar lo que había descubierto. Iba a tomar un acontecimiento y escribir sus efectos como si estuviera narrando algo sucedido el día anterior. Busqué un hecho trivial. Me acuerdo que era el 26 de marzo, había pasado unos días en París y había vuelto, el día anterior, en el tren de las 17.20 que llega a Saint-Nazaire a las 21.03. En el compartimento una mujer había ocupado el asiento que yo tenía reservado. Era rubia, de ojos lívidos, y me senté frente a ella en un lugar vacío. Al rato subió una vieja muy amable que se empezó a quejar por el precio del pasaje. La habían estafado, le habían cobrado dos veces el mismo viaje. Nos mostraba el billete y sonreía y parecía un poco loca. Iba a Saint-Nazaire a visitar a su hijo, pero nadie la esperaba. Quería darle una sorpresa, le había comprado un kilo y medio de naranjas. La muchacha me miró como buscando ayuda y yo intervine en la conversación. La vieja repitió la letanía: la habían estafado, iba a visitar a su hijo que no la esperaba. Al rato me aburrí y me puse a leer. La muchacha tranquilizaba con dulzura a la mujer que ahora se quejaba de su hijo. Cuando el tren llegó a Saint-Nazaire las ayudé a bajar y después vi a la muchacha y a la anciana que iban juntas hacia la fila de los taxis.

Una situación trivial. Alguien conocido circunstancialmente en un viaje en tren. Una mujer cualquiera. Rubia, ojos lívidos, casi una desconocida. Podía empezar con ella. Tomarla como objeto de mi investigación. Di algunas vueltas por la casa para tranquilizarme. En el aire, por la ventana, se oía el sonido siniestro metálico del viento que venía del Loire. Me senté a la mesa, abrí el cuaderno y empecé a escribir.



UNA VIDA

Ultima parte

Por Ricardo Piglia

En la edición de ayer de Verano/12 se publicó el comienzo de "Una vida", un cuento de Ricardo Piglia inédito en la Argentina. A continuación, la segunda y última parte del relato escrito por el autor de "Respiración artificial" y "Prisión perpetua", entre otras obras.

Esa tarde llegó y abrió la puerta del departamento con la llave de la portera. No corrió las cortinas, no destrabó las ventanas, sencillamente se sentó en una silla, bajo la luz de la lámpara, y se puso a mirar conmigo en la TV el partido Inglaterra-Francia por los cuartos de final de la Copa de las Cinco Naciones. Sabía yo, dijo al rato, que Kasparov acababa de introducir una variante en la formación Schveningen de la Defensa Siciliana. La variante de Kasparov, en la décima partida de su match con Karpov, era tan sutil, dijo mi hermana, que uno podía asimilarla a la magia y a la adivinación. No sólo prevé el desarrollo de toda la partida, sino que produce las jugadas de su rival, una tras otra, como si le construyera un oráculo. El futuro, dijo mi hermana, no depende de ninguna decisión moral, sino del grado de exactitud con el que se puedan prever las alternativas cifradas en el presente. Después me dejó un kilo de uvas sobre la mesa, se despidió y se fue. No conozco mejor ejemplo de amor fraternal.

Stevensen quería mucho a su hermana y no quiso decepcionarla. De modo que se bañó y se afeitó y abrió las ventanas y se dedicó a leer su correspondencia atrasada. La primera carta era una invitación para residir tres meses en la Maison des Écrivains Étrangers et des Traducteurs. Aceptó de inmediato. Iba a trabajar en sus Diarios, quería revisar toda su vida. ¿Cómo había llegado a ese extremo? ¿Dónde estaba la falla que lo puso al borde del suicidio'? Metió sus cosas en una valija y se vino a Saint-Nazaire.

Usted conoce la Maison, un lugar perfecto para trabajar. Con el escenario del puerto como paisaje personal, casi sin salir de la casa, empecé a releer mi pasado. Al principio entraba en los cuadernos por cualquier lugar, buscaba una pista que me orientara en la selva oscura de mi vida.

En esos Diarios había algo escrito que él nunca había leído; un enigma que tenía que descifrar y que le iba a permitir entender todo. También yo todas las noches me acostaba temprano, me dijo, también a mí me despedía mi madre con un beso. Pero no quería empezar tan atrás. No creí en el origen, en ningún acontecimiento epifánico que condensaba involuntariamente la memoria.

Quería actuar de otro modo. Tomaba un hecho cualquiera, un hecho aislado, elegido al azar, y lo trataba como si fuera un crimen. Por ejemplo, una vez, veinte años atrás (la tarde del 12 de mayo de 1970), en la estación de ferrocarril de Dublín, perdí mucho dinero jugando contra una mujer que estaba vestida como una campesina y tenía una habilidad maléfica con las manos. Se ponía un botón negro en la mano derecha y cuando abría los dedos lo tenía en la mano izquierda. Los puños cerrados sobre una valija de cartón que apoyaba sobre las rodillas; la gente formaba un círculo en silencio a su alrededor. Empecé a apostar porque estaba aburrido. La mujer miraba hacia el pasillo de la izquierda, de vez en cuando, porque temía ver aparecer a un policía. Después cerraba los dedos. La mano izquierda o la mano derecha. Yo perdía una y otra vez. Un botón negro, de nácar, con tres agujeros en el centro. Volví a apostar y perdí. Doblé la apuesta y perdí otra vez. La mujer abría los dedos, me mostraba la piel oscura de la palma de las manos, el círculo negro siempre del otro lado. Volvía a jugar y volvía a perder y seguí jugando hasta que ella fingió que llegaba la policía y se perdió entre la gente. Me quedé sentado en ese banco de madera, en la estación de ferrocarril de Dublín, frío y lúcido, con ganas de seguir jugando, sin animarme a contar el dinero que había perdido.

Algunos detalles quedaban detenidos en el recuerdo como una puerta que no lleva a ningún lado. Alguien había escrito con letras rojas: *Fragile. To Liverpool.* Un joven con una mancha color borravino, de nacimiento, en la mejilla, trataba de esconder ese lado de la cara. Tenía una mirada huidiza y se reía con una mueca de satisfacción cada vez que la mujer hacía aparecer el botón negro en la mano equivocada.

Empecé a trabajar con series de acontecimientos, con el concepto de serie, con el concepto de serialización. Me interesaban sobre todo las descripciones laterales, los detalles sin importancia que había anotado al narrar cualquier situación. Por ejemplo la tela de araña que cubría un agujero microscópico en el zócalo del galpón donde yo esperaba tirado en una colchoneta que me llevaran al ejército. Tomaba pequeños núcleos, acciones insignificantes. La descripción del color de una pared. Todas las descripciones del color de una pared. Empecé a trabajar con el *ordenator*. Escribía: Dublín. Escribía: Juegos de azar. Veía aparecer lo que había escrito durante años; situaciones perdidas, historias olvidadas, como si tuviera frente a mí una máquina biográfica. Trabajaba con segmentos combinados y divisiones cada vez más pequeñas de mi vida. Construía secuencias largas, de diez o doce años, y trataba de reducirlas a una serie mínima de datos. Pero las series remitían unas a otras y la cadena parecía no tener fin. Si tomaba un acontecimiento y seguía su rastro encontraba una cantidad casi infinita de variantes y ramificaciones. La red crecía, todos los hechos parecían tener un rasgo común. De ese modo descubrí la repetición. Los hechos se repetían. Los mismos acontecimientos aparecían una y otra vez. Pero ¿en qué orden? ¿A partir de qué lógica? Empecé a buscar la explicación. Los cuadernos se convirtieron en un jeroglífico. Había un lenguaje secreto escondido entre las palabras. Pasaba horas frente a la pantalla del *ordenator*.

Para descifrar un enigma hay dos alternativas: la acumuiación infinita de datos diferentes o la utilización infinita de un mismo dato. Se puede tomar una serie, cualquier serie y ver cómo se transforma y reaparece y se reproduce. O tomar un hecho, una partícula insignificante de vida (un botón negro, de nácar), y seguir su recorrido invisible en la multiplicación de los días. Un hecho, una serie: ¿en qué punto construir la relación? Por ejemplo: mi hermana. A veces dice que se llama Erika Turner (se llama Maggie Stevensen). En todos lados escribe ese nombre. Practica la filosofía como un arte del seudónimo. Una tarde, en el hospicio irlandés donde iba a morir mi padre (y el padre de ella), mi hermana dijo que los borrachos bebían en realidad porque buscaban ser encerrados en un manicomio en las afueras de Dublín. Buscan extinguirse, dijo mi hermana, en la más completa pasividad maníaca, envueltos en una frazada del ejército, de cara a los vidrios empañados de la ventana. Lo dijo delante de mi padre que nos miró con sus ojitos de zorro y después se sonrió. Cuando éramos chicos desarmaba los relojes y con los engranajes nos construía máquinas diminutas que no servían para nada pero que funcionaban toda la vida. Y ahora internado en un hospicio, en Dublín. Por mi parte había estado tres veces en Dublín. La primera encontré a la mujer vestida como una campesina en la estación de trenes; la tercera fui a visitar a mi padre; la segunda, un amigo de la infancia, que había hecho conmigo toda la escuela, me invitó a su casa y nos quedamos conversando hasta el amancer. Su mujer era hosca y callada y enseguida se fue a dormir y nos dejó solos en el living tomando cerveza negra. Mi mujer desapareció durante tres días de mi casa, en 1978 o 1979, me empezó a contar mi amigo. No me quiso decir dónde había estado. Me dijo que si yo le hacía otras preguntas relativas a su viaje a Francia, desaparecía inmediatamente de mi vida para siempre. Se metió en la pieza y empezó a jugar con nuestra hija de dos años que se calmó instantáneamente al verla entrar pese a que se había pasado dos noches y dos días llorando casi sin parar cuando su madre se fue. Nunca supe qué había hecho mi mujer en esos días en Francia y a veces me sucede que me despierto sorprendido en medio de la noche y la veo sentada en un sillón, fumando en la oscuridad, de cara a la ventana, entonando con su voz imperceptible una canción italiana.

Dublín, Irlanda: mi padre, la mujer de la estación, las canciones italianas. Los vidrios empañados de la ventana, la frazada del ejército con una franja amarilla sobre la tela gris. La repetición. Avanzaba lentamente a ciegas. Había una salida pero tardé en encontrarla. Di vueltas, durante días, hasta que una tarde se me ocurrió que también tenía que tener en cuenta el modo en que los acontecimientos estaban escritos. La forma en que había sido narrada mi vida, el estilo de las notas. Entonces, de a poco, todo se empezó a aclarar. Una mañana, después de casi veinte horas de trabajo, con una sencillez extraordinaria comprendí algo esencial: no era necesario regresar al pasado. Las repeticiones se producían invariablemente. Pero había que invertir el orden. Avanzar desde el presente hacia el porvenir. El Diario debía ser leído como un oráculo. Todo estaba claro. Ahora sólo tenía que probar lo que había descubierto. Iba a tomar un acontecimiento y escribir sus efectos como si estuviera narrando algo sucedido el día anterior. Busqué un hecho trivial. Me acuerdo que era el 26 de marzo, había pasado unos días en París y había vuelto, el día anterior, en el tren de las 17.20 que llega a Saint-Nazaire a las 21.03. En el compartimento una mujer había ocupado el asiento que yo tenía reservado. Era rubia, de ojos lívidos, y me senté frente a ella en un lugar vacío. Al rato subió una vieja muy amable que se empezó a quejar por el precio del pasaje. La habían estafado, le habían cobrado dos veces el mismo viaje. Nos mostraba el billete y sonreía y parecía un poco loca. Iba a Saint-Nazaire a visitar a su hijo, pero nadie la esperaba. Quería darle una sorpresa, le había comprado un kilo y medio de naranjas. La muchacha me miró como buscando ayuda y yo intervine en la conversación. La vieja repitió la letanía: la habían estafado, iba a visitar a su hijo que no la esperaba. Al rato me aburrí y me puse a leer. La muchacha tranquilizaba con dulzura a la mujer que ahora se quejaba de su hijo. Cuando el tren llegó a Saint-Nazaire las ayudé a bajar y después vi a la muchacha y a la anciana que iban juntas hacia la fila de los taxis.

Una situación trivial. Alguien conocido circunstancialmente en un viaje en tren. Una mujer cualquiera. Rubia, ojos lívidos, casi una desconocida. Podía empezar con ella. Tomarla como objeto de mi investigación. Di algunas vueltas por la casa para tranquilizarme. En el aire, por la ventana, se oía el sonido siniestro metálico del viento que venía del Loire. Me senté a la mesa, abrí el cuaderno y empecé a escribir.



27 de marzo. Entro en el bar que está frente al mercado. Dos hombres discuten en la barra. Busco un lugar cerca de la puerta y pido un *rouge*. Hay una extraña quietud, como si todos en todos lados se hubieran quedado callados. En medio del silencio se abre la puerta y entra la muchacha rubia con la que viajé en el tren desde París. Mira hacia un costado, sonríe, no me reconoce. En el reloj son las cinco menos diez.

Eso fue todo. Dejé de escribir y cerré el cuaderno. Eran casi las cuatro. Tenía una sensación de ardor en los ojos. Pensé: lo que escribo sucede. Pensé: me arden los ojos. Pensé: todo es ridículo. Fui al baño. Metí la cabeza bajo la ducha. El frío del agua me dio sueño. Me tiré boca arriba, vestido, en la cama y durante un instante soñé que nadaba en el mar abierto. Instantáneamente me desperté. Eran las 4.10. Bajé a la ciudad. Estaba nervioso. La gente se movía en la calle, lejos de mí. Hice tiempo en la plaza frente a la Mairie. Conté las baldosas azules de la vereda: eran doce. Entonces me decidí.

Cuando entré en el bar eran las cinco menos cuarto. Busqué una mesa cerca de la ventana y pedí un *rouge*. Me pareció que afuera había empezado a lloviznar. Dos hombres discutían sentados en la barra. Los ruidos se fueron apagando, como si todos se hubieran quedado callados. La puerta de vidrio se abrió y la muchacha rubia con la que viajé en el tren desde París entró en el bar. Miró hacia un costado, sonrió, no me reconoció. En el reloj, eran las cinco menos diez.

Stevensen levantó la cara, me sonrió. Llevábamos varias horas en ese restaurant sobre la playa cerca de La Baule. Era a fines de mayo. Alguien cavaba en la arena húmeda con un cuchillo y desenterraba una lámina de metal que brillaba en el declive que había dejado la marea al retirarse.

La muchacha estaba ahí —dijo Stevensen—, usted es el único que me puede entender. Venga conmigo, quiero mostrarle algo.

Subimos al auto y volvimos a Saint-Nazaire sin hablar. Dos fantasmas por el camino de la costa, a más de cien kilómetros por hora. Fue el jueves 23 de mayo de 1988.

Stevensen había alquilado dos cuartos en el Hotel de la République, independientes pero comunicados con una puerta disimulada por un espejo. Al abrirla se veía que los dos cuartos eran iguales. En uno Stevensen había instalado el *ordenator*. Las letras verdes brillaban en la pantalla como insectos. En las paredes había planos y diagramas y fotocopias de las páginas del Diario. Sobre la cama y en la cómoda y sobre las sillas se veían pilas de cuadernos con el pequeño número de serie, el año escritos en un círculo de papel pegado sobre las tapas de hule negro. El otro cuarto estaba limpio y ordenado y parecía vacío y sin vida como todos los cuartos de hotel. El espejo de la pared medianera reflejaba la luz de la ventana. Bastaba abrir esa puerta falsa, trabada con un candado microscópico, escondido en una moldura cerca del piso, para entrar en el laboratorio de Stephen Stevensen.

—Lo que escribo sucede, ¿se da cuenta?, —tenía un brillo satisfecho en los ojos. Por ejemplo, una mujer en la carretera París-Nantes acaba de pasar la noche con un desconocido. Viaja sola, en la mano izquierda tiene un guante de cuero, con el pequeño botón desabrochado sobre la muñeca. Llovizna en el camino y empieza a amanecer. ¿Por qué no lee el Océan-Ouest de pasado mañana? —Se sonrió con sus dientitos de gato. —Hay un poder, ¿no es verdad? El poder de la letra.

Empezó a hablar, a mostrarme fichas, diagramas. Estaba loco. Ya no me recuerdo cómo salí del hotel. Afuera llovía, era medianoche y recuerdo que me tranquilizó ver la silueta del puerto al costado del Building cuando el taxi entró en el bulevar René Coty. Todo era absurdo. Me miré la cara en el espejo del ascensor y pensé que todo era absurdo. Cuando bajé al pasillo, en el décimo piso, empecé a oír el timbre del teléfono que sonaba en un departamento. Abrí la puerta y entré en la casa, sigiloso en medio de la noche, como un ladrón, seguro de que era Stevensen quien me estaba buscando. Un barco navegaba en silencio, igual que una sombra, por los cristales de la ventana. Inmóvil en medio del living dejé que el teléfono sonara hasta el final. Después me senté en el sillón, en la oscuridad. El barco se deslizaba por el canal, bajo el puente levadizo; un marinero, en la proa, con una linterna sorda, alumbraba los muelles. El teléfono volvió a sonar. Me levanté y fui a la cocina. Iba a prepararme un café. En el placard donde se guardan las tazas y los platos, en un estante vacío, arriba, sobre la derecha, medio escondidos, encontré revistas y papeles. Nunca los había visto, creo. El teléfono había dejado de sonar. Sólo se oía, en la noche, el rumor sombrío del viento, como si en el aire se agitaran largas telas húmedas. Había diarios y revistas viejos de meses y un *dossier* de la Maison des Ecrivains Etrangers con noticias y fotos de los escritores que habían estado antes (Soerensen, Giuseppe Conte, Miguel de Francisco). En un sobre, entre los periódicos y las carpetas, descubrí la serie de papeles que me estaban destinados. Lo dejé sobre la mesa de la cocina. Era un sobre común, de papel madera, cerrado con cinta scotch, sin inscripción ninguna, sólo un número escrito en un borde, con lápiz rojo (el número 2, como si fuera una copia, como si en otro lado hubiera un primer sobre). Lo abrí con un cuchillo. Encontré, naturalmente, varias páginas del Diario de Stevensen, escritas la semana anterior de mi llegada a Saint-Nazaire. Volví a encender todas las luces, me serví un whisky, me senté en el sillón contra la ventana y me puse a leer.

En las primeras anotaciones Stevensen se movía a ciegas. No conocía mi nombre. Me llamaba: El argentino. O simplemente me llamaba: *El*. De a poco los borradores se iban haciendo más precisos. Stevensen escribió con increíble seguridad. Era una ventaja haber vivido en la misma casa donde yo estaba viviendo. Podía imaginar mis desplazamientos, mis hábitos. Lentamente empezó a anticipar mis movimientos. El Diario parecía haber sido escrito por mí.

1

Vamos a comer pescado, a un restaurant del puerto, del otro lado del puente levant. Al llegar, está sentado en una mesa del costado, vestido con un abrigo azul, toma Blanc-Cassis y no me reconoce al verme entrar. Nada de lo que diga me puede sorprender. Ha encontrado mis rastros en la casa: el mapa de Copenhague, mis recorridos por la Vertesbrogade Street. El pasado es una señal en el mapa de una ciudad en la que nunca hemos estado.

2

En Buenos Aires lo despidió la mujer de un amigo. Tal vez podría encontrarse con ella en París. Vivió algunos días en el Hotel Aligator, digamos, en el 38, rue Delambre. Sale a caminar solo, pasaba horas en el café Cluny, escribía una historia autobiográfica.

3

La primera noche que pasa en Saint-Nazaire habla por teléfono con una mujer. Le dice que está en Austria, que se vuelve a Buenos Aires, que la ha estado esperando en París, en el café Cluny, tres días seguidos. La mujer se ríe, no puede creer que él se haya ido a Austria. Es un lugar infecto, le dice, sólo poblado de canallas y antiguos nazis. Hay que vivir en Holanda o en Túnez, dice la mujer. Después lo cita en el café Cluny. Pero no sé si podré ir, le dice ahora, como sabes estoy loca. Encerrada en una prisión psiquiátrica en la Selva Negra. Soy la hija de Rilke. La última hija argentina de Rilke. Me llamo Reina Rilke. María. El trata de calmarla. La mujer le pregunta cuánto tiempo se va a quedar en Austria. El le contesta con evasivas. Después lo llamo por teléfono, lo invito a almorzar.

Cuando terminé de leer el sol estaba alto. Me ardían los ojos. Metí la cabeza bajo la ducha. No podía pensar. Me tiré boca arriba en la cama, vestido. Me quedé dormido y soñé que había vuelto a Buenos Aires. Cuando me desperté eran casi las dos de la tarde. Sonaba el teléfono. Era María. Quería saber si podía verla en París. ¿Podíamos encontrarnos en el Café Cluny? Me había escrito una carta. Jamás había amado a otro hombre.

Yo no tenía nada que decir. Sólo quería hablar con Stevensen. Un barco griego entraba en el canal.

Pedí un taxi por teléfono, y fui hasta el Hotel. Por supuesto Stevensen se había ido.

—Viajó imprevistamente a Londres —me dijo el conserje—. Anoche recibió una llamada de su hermana, la señora Erika Turner.

Parecía un poco sordo y se inclinaba sobre el mostrador para oírme cada vez que yo le hablaba. Me acerqué hasta tocarle la cara y le di no sé qué explicación y le pasé un billete de cincuenta francos doblado en cuatro y el tipo me dejó subir a los cuartos de Stevensen, en los altos del Hotel.

En la primera de las dos habitaciones la cama estaba intacta y todo inmóvil y en su lugar como si jamás hubiera vivido nadie. El otro cuarto estaba medio vacío, con la puerta del espejo abierta de par en par. Stevensen se había llevado los cuadernos y los diagramas con las series. Pero había dejado el *ordenator*. Las letras verdes brillaban en la pantalla como insectos:

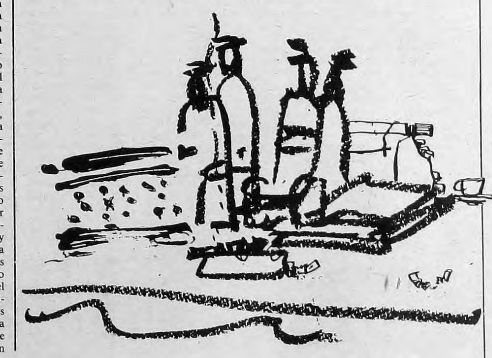
"La noticia de la muerte de Erika Turner (del accidente de Erika Turner) sería insoportable para mí. ¿Cómo podría asistir yo al funeral de mi hermana?"

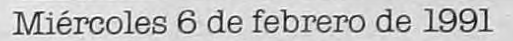
Me acerqué a la máquina y busqué el cable en el piso y desenchufé. Las letras vibraron un momento en el vacío antes de desaparecer. Un punto de luz se mantuvo interminablemente en el centro de la pantalla, como un faro minúsculo alumbrando la oscuridad del mar.

Después, no quedó nada.

III

Estoy en Saint-Nazaire para esperar a Stephen Stevensen; vivo en el Hotel de la République. Cuando cae la tarde paseo por la costa; la luz es clara, como si el viento se llevara las sombras muertas del aire. Estoy aquí, en Saint-Nazaire, porque quiero conocer el final de mi vida.





DA

Ultima parte

Por Ricardo Piglia

27 de marzo. Entro en el bar que está frente al mercado. Dos hombres discuten en la barra. Busco un lugar cerca de la puerta y pido un *rouge*. Hay una extraña quietud, como si todos en todos lados se hubieran quedado callados. En medio del silencio se abre la puerta y entra la muchacha rubia con la que viajé en el tren desde París. Mira hacia un costado, sonríe, no me reconoce. En el reloj son las cinco menos diez.

Eso fue todo. Dejé de escribir y cerré el cuaderno. Eran casi las cuatro. Tenía una sensación de ardor en los ojos. Pensé: lo que escribo sucede. Pensé: me arden los ojos. Pensé: todo es ridículo. Fui al baño. Metí la cabeza bajo la ducha. El frío del agua me dio sueño. Me tiré boca arriba, vestido, en la cama y durante un instante soñé que nadaba en el mar abierto. Instantáneamente me desperté. Eran las 4.10. Bajé a la ciudad. Estaba nervioso. La gente se movía en la calle, lejos de mí. Hice tiempo en la plaza frente a la Mairie. Conté las baldosas azules de la vereda: eran doce. Entonces me decidí.

Cuando entré en el bar eran las cinco menos cuarto. Busqué una mesa cerca de la ventana y pedí un *rouge*. Me pareció que afuera había empezado a lloviznar. Dos hombres discutían sentados en la barra. Los ruidos se fueron apagando, como si todos se hubieran quedado callados. La puerta de vidrio se abrió y la muchacha rubia con la que viajé en el tren desde París entró en el bar. Miró hacia un costado, sonrió, no me reconoció. En el reloj, eran las cinco menos diez.

Stevensen levantó la cara, me sonrió. Llevábamos varias horas en ese restaurant sobre la playa cerca de La Baule. Era a fines de mayo. Alguien cavaba en la arena húmeda con un cuchillo y desenterraba una lámina de metal que brillaba en el declive que había dejado la marea al retirarse.

La muchacha estaba ahí —dijo Stevensen—, usted es el único que me puede entender. Venga conmigo, quiero mostrarle algo.

Subimos al auto y volvimos a Saint-Nazaire sin hablar. Dos fantasmas por el camino de la costa, a más de cien kilómetros por hora. Fue el jueves 23 de mayo de 1988.

Stevensen había alquilado dos cuartos en el Hotel de la République, independientes pero comunicados con una puerta disimulada por un espejo. Al abrirla se veía que los dos cuartos eran iguales. En uno Stevensen había instalado el *ordenator*. Las letras verdes brillaban en la pantalla como insectos. En las paredes había planos y diagramas y fotocopias de las páginas del Diario. Sobre la cama y en la cómoda y sobre las sillas se veían pilas de cuadernos con el pequeño número de serie, el año escritos en un círculo de papel pegado sobre las tapas de hule negro. El otro cuarto estaba limpio y ordenado y parecía vacío y sin vida como todos los cuartos de hotel. El espejo de la pared medianera reflejaba la luz de la ventana. Bastaba abrir esa puerta falsa, trabada con un candado microscópico, escondido en una moldura cerca del piso, para entrar en el laboratorio de Stephen Stevensen.

—Lo que escribo sucede, ¿se da cuenta?, —tenía un brillo satisfecho en los ojos. Por ejemplo, una mujer en la carretera París-Nantes acaba de pasar la noche con un desconocido. Viaja sola, en la mano izquierda tiene un guante de cuero, con el pequeño botón desabrochado sobre la muñeca. Llovizna en el camino y empieza a amanecer. ¿Por qué no lee el Océan-Ouest de pasado mañana? —Se sonrió con sus dientitos de gato. —Hay un poder, ¿no es verdad? El poder de la letra.

Empezó a hablar, a mostrarme fichas, diagramas. Estaba loco. Ya no me recuerdo cómo salí del hotel. Afuera llovía, era medianoche y recuerdo que me tranquilizó ver la silueta del puerto al costado del Building cuando el taxi entró en el bulevar René Coty. Todo era absurdo. Me miré la cara en el espejo del ascensor y pensé que todo era absurdo. Cuando bajé al pasillo, en el décimo piso, empecé a oír el timbre del teléfono que sonaba en un departamento. Abrí la puerta y entré en la casa, sigiloso en medio de la noche, como un ladrón, seguro de que era Stevensen quien me estaba buscando. Un barco navegaba en silencio, igual que una sombra, por los cristales de la ventana. Inmóvil en medio del living dejé que el teléfono sonara hasta el final. Después me senté en el sillón, en la oscuridad. El barco se deslizaba por el canal, bajo el puente levadizo; un marinero, en la proa, con una linterna sorda, alumbraba los muelles. El teléfono volvió a sonar. Me levanté y fui a la cocina. Iba a prepararme un café. En el placard donde se guardan las tazas y los platos, en un estante vacío, arriba, sobre la derecha, medio escondidos, encontré revistas y papeles. Nunca los había visto, creo. El teléfono había dejado de sonar. Sólo se oía, en la noche, el rumor sombrío del viento, como si en el aire se agitaran largas telas húmedas. Había diarios y revistas viejos de meses y un *dossier* de la Maison des Ecrivains Etrangers con noticias y fotos de los escritores que habían estado antes (Soerensen, Giuseppe Conte, Miguel de Francisco). En un sobre, entre los periódicos y las carpetas, descubrí la serie de papeles que me estaban destinados. Lo dejé sobre la mesa de la cocina. Era un sobre común, de papel madera, cerrado con cinta scotch, sin inscripción ninguna, sólo un número escrito en un borde, con lápiz rojo (el número 2, como si fuera una copia, como si en otro lado hubiera un primer sobre). Lo abrí con un cuchillo. Encontré, naturalmente, varias páginas del Diario de Stevensen, escritas la semana anterior de mi llegada a Saint-Nazaire. Volví a encender todas las luces, me serví un whisky, me senté en el sillón contra la ventana y me puse a leer.

En las primeras anotaciones Stevensen se movía a ciegas. No conocía mi nombre. Me llamaba: El argentino. O simplemente me llamaba: *El*. De a poco los borradores se iban haciendo más precisos. Stevensen escribió con increíble seguridad. Era una ventaja haber vivido en la misma casa donde yo estaba viviendo. Podía imaginar mis desplazamientos, mis hábitos. Lentamente empezó a anticipar mis movimientos. El Diario parecía haber sido escrito por mí.

1

Vamos a comer pescado, a un restaurant del puerto, del otro lado del puente levant. Al llegar, está sentado en una mesa del costado, vestido con un abrigo azul, toma Blanc-Cassis y no me reconoce al verme entrar. Nada de lo que diga me puede sorprender. Ha encontrado mis rastros en la casa: el mapa de Copenhague, mis recorridos por la Vertesbrogade Street. El pasado es una señal en el mapa de una ciudad en la que nunca hemos estado.

2

En Buenos Aires lo despidió la mujer de un amigo. Tal vez podría encontrarse con ella en París. Vivió algunos días en el Hotel Aligator, digamos, en el 38, rue Delambre. Sale a caminar solo, pasaba horas en el café Cluny, escribía una historia autobiográfica.

3

La primera noche que pasa en Saint-Nazaire habla por teléfono con una mujer. Le dice que está en Austria, que se vuelve a Buenos Aires, que la ha estado esperando en París, en el café Cluny, tres días seguidos. La mujer se ríe, no puede creer que él se haya ido a Austria. Es un lugar infecto, le dice, sólo poblado de canallas y antiguos nazis. Hay que vivir en Holanda o en Túnez, dice la mujer. Después la cita en el café Cluny. Pero no sé si podré ir, le dice ahora, como sabes estoy loca. Encerrada en una prisión psiquiátrica en la Selva Negra. Soy la hija de Rilke. La última hija argentina de Rilke. Me llamo Reina Rilke. María. El trata de calmarla. La mujer le pregunta cuánto tiempo se va a quedar en Austria. El le contesta con evasivas. Después lo llamo por teléfono, lo invito a almorzar.

Cuando terminé de leer el sol estaba alto. Me ardían los ojos. Metí la cabeza bajo la ducha. No podía pensar. Me tiré boca arriba en la cama, vestido. Me quedé dormido y soñé que había vuelto a Buenos Aires. Cuando me desperté eran casi las dos de la tarde. Sonaba el teléfono. Era María. Quería saber si podía verla en París. ¿Podíamos encontrarnos en el Café Cluny? Me había escrito una carta. Jamás había amado a otro hombre.

Yo no tenía nada que decir. Sólo quería hablar con Stevensen. Un barco griego entraba en el canal.

Pedí un taxi por teléfono, y fui hasta el Hotel. Por supuesto Stevensen se había ido.

—Viajó imprevistamente a Londres —me dijo el conserje—. Anoche recibió una llamada de su hermana, la señora Erika Turner.

Parecía un poco sordo y se inclinaba sobre el mostrador para oírme cada vez que yo le hablaba. Me acerqué hasta tocarle la cara y le di no sé qué explicación y le pasé un billete de cincuenta francos doblado en cuatro y el tipo me dejó subir a los cuartos de Stevensen, en los altos del Hotel.

En la primera de las dos habitaciones la cama estaba intacta y todo inmóvil y en su lugar como si jamás hubiera vivido nadie. El otro cuarto estaba medio vacío, con la puerta del espejo abierta de par en par. Stevensen se había llevado los cuadernos y los diagramas con las series. Pero había dejado el *ordenator*. Las letras verdes brillaban en la pantalla como insectos:

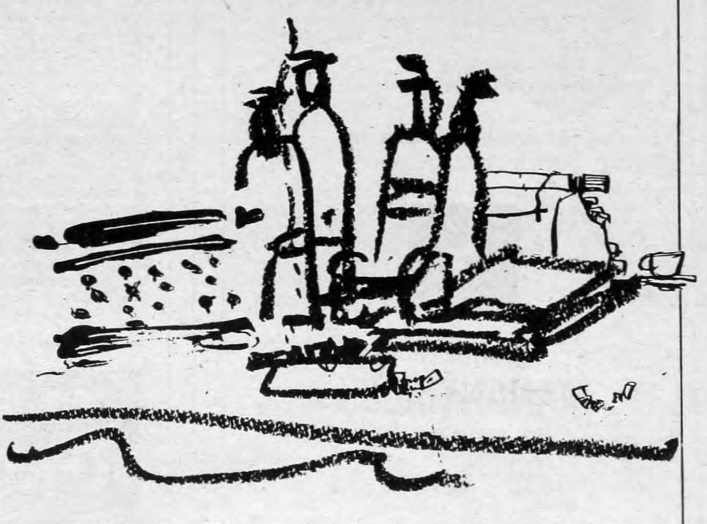
"La noticia de la muerte de Erika Turner (del accidente de Erika Turner) sería insoportable para mí. ¿Cómo podría asistir yo al funeral de mi hermana?"

Me acerqué a la máquina y busqué el cable en el piso y desenchufé. Las letras vibraron un momento en el vacío antes de desaparecer. Un punto de luz se mantuvo interminablemente en el centro de la pantalla, como un faro minúsculo alumbrando la oscuridad del mar.

Después, no quedó nada.

III

Estoy en Saint-Nazaire para esperar a Stephen Stevensen; vivo en el Hotel de la République. Cuando cae la tarde paseo por la costa; la luz es clara, como si el viento se llevara las sombras muertas del aire. Estoy aquí, en Saint-Nazaire, porque quiero conocer el final de mi vida.



VILLA GESELL

Desde el diván: La idea es más que adecuada para el mes de febrero en que los psicoanalistas cancelan fobias y neurosis —ajenas, se entiende—, y se dedican a la playa como el común de los mortales. *La señora Klein*, interpretada por Mabel Manzotti y basada en la vida de la psicoanalista Melanie Klein, se trasladó a la costa. Los lunes y martes a las 23 se presenta en la Casa de la Cultura, ubicada en avenida número 3 entre paseos 108 y 109. La pieza de Nicholas Wright originalmente fue estrenada en Londres durante la temporada '88. En Buenos Aires se estrenó en 1990 y volvió a escena en esta temporada veraniega en el Teatro Lorange, de jueves a sábado a las 22 y domingos y miércoles a las 21. Acompañada por Rita Terranova y Miriam Ortiz, la Manzotti se traslada a Gesell los lunes y martes con la puesta de Víctor García Peralta y el texto rico en situaciones dramáticas y diálogos que le permiten trazar un acertado perfil de la famosa psicoanalista. Una invitación especialmente interesante para analistas liberados durante este mes de las locuras de sus pacientes y para neuróticos graves que claman desesperados por los días en que ocupaban el diván.

En clave de comedia: La Comedia Municipal de Villa Gesell presenta todos los jueves *Balada para un asesino*, con dirección de Juanjo Vázquez y la actuación de Lili Bubet, Li Martin, Susú Milano y elenco. También en el horario de las 23, pero los viernes y domingo, ocupa el escenario *Reunión cumbre*, otra comedia dirigida por Gustavo Aprile e interpretada por Jorge Butrón y José Luis Castro, quienes evocan el día en que Dios y el diablo volvieron a encontrarse.



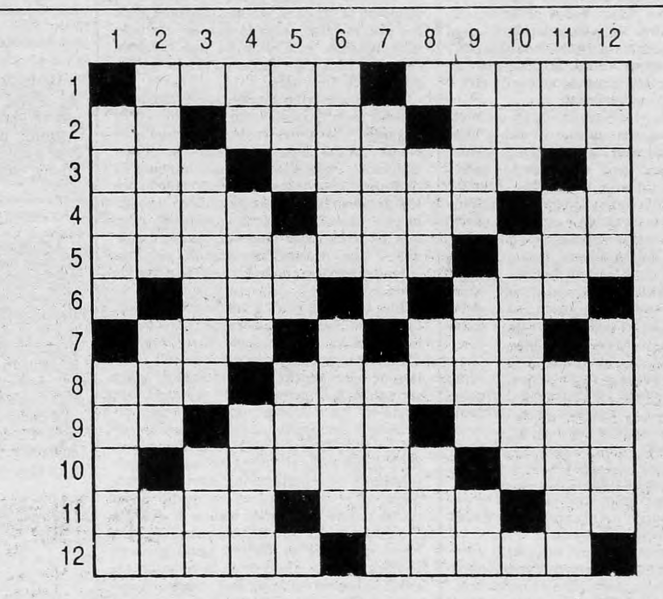
Espectáculo cantado: En *Bel-Motel*, un lugar que por la tarde funciona como casa de té y donde a la mañana se ofrecen exquisitos desayunos, los viernes, sábados y domingos se presentan César Isella y el Grupo Cantoral. Los jueves y sábado sube a escena Carlos Barocela. Las funciones son a las 22 y la cita es en Alameda 206 y Calle 303, en el Barrio Norte.

Que lo parió: Inodoro Pereyra, el Renegáu, con Mendieta y todo, los miércoles y sábados en el horario de las 23 sube a escena en la Casa de la Cultura interpretado por Rudy Chernicoff. El clásico de Roberto Fontanarrosa se trasladó de la historieta al teatro en una versión en la que el gaucho se ríe de casi todos los males que soplan en estas pampas. Chernicoff está acompañado por un grupo de actores de Teatro Estudio de Villa Gesell: Delia Belardo —quien le presta el pellejo a la Eulogia, una china a la que don Inodoro le saca canas verdes—, Carina Hueto, Jorge Oszowinsli y Rodolfo Bara. La asesoría musical es de Víctor Heredia y la escenografía y vestuario pertenecen a Maydé Duchinsky. Una adaptación de la tira en la que los textos de Fontanarrosa muestran un humor tan filoso como siempre y en el que la interpretación de Chenicoff está a la altura de la letra. Que lo parió, don Inodoro.



Mabel Manzotti interpreta "La señora Klein" los lunes y martes a las 23.

CRUCIGRAMA



HORIZONTALES: 1. Blancura./ Tribu negra de Africa. **2.** Símbolo del aluminio./ Estropear./ (Elliot) Uno de "Los Intocables". **3.** Macromolécula de ácido desoxirribonucleico./ Profesión de algún arte mecánico. **4.** Arbol euforbiáceo filipino./ Esposa de Osiris./ Ahora. **5.** Lago de América del Sur./ Contracción. **6.** Aire popular de las Canarias./ Término. **7.** Poema solemne./ Cólera. **8.** Provecho./ Arma ofensiva similar a la lanza. **9.** Dios asirio de la Medicina./ Garantía./ Caminar hacia atrás. **10.** Deficiencia de glóbulos rojos en la sangre./ Alga filamentosa. **11.** Bañera./ Planta criptógrama acuática./ Abreviatura de ítem. **12.** Triunfo./ Lugar húmedo en el desierto.

VERTICALES: 1. Mineral de sílice./ Cualquier enfermedad epidémica que cause mucha mortandad. **2.** Planta crucífera./ Reza./ El nueve, en números romanos. **3.** Bien definido./ Ciudad de Armenia, en Kars. **4.** Símbolo del bario./ Ceremonia religiosa./ Diosa asiria del caos. **5.** Organo de la visión./ Símbolo del calcio./ Pájaro. **6.** Palmera de la que se extrae una fibra flexible y resistente./ Mamífero camélido. **7.** Peñasco./ Radical hidrocarbonado. **8.** Organización de espías de los EE.UU./ Frijol pequeño./ Oficial turco. **9.** Planta umbelífera aromática./ Traje masculino de gala./ Campeón. **10.** Nuevo./ Se aplica a lo que sucede todos los días. **11.** Siglas que llevan en sus computadoras las máquinas Timex Sinclair./ Moneda del Japón./ (Copa) Torneo anual de tenis. **12.** Frecuente./ Quilate.

SOLUCION

■	A	L	B	O	R	■	B	A	N	T	U
A	L	■	A	J	A	R	■	N	E	S	S
G	E	N	■	O	F	I	C	I	O	■	U
A	L	I	M	■	I	S	I	S	■	Y	A
T	I	T	I	C	A	C	A	■	D	E	L
A	■	I	S	A	■	O	■	F	I	N	■
■	O	D	A	■	L	■	I	R	A	■	C
P	R	O	■	A	L	A	B	A	R	D	A
E	A	■	A	V	A	L	■	C	I	A	R
S	■	A	N	E	M	I	A	■	O	V	A
T	I	N	A	■	A	L	G	A	■	I	T
E	X	I	T	O	■	O	A	S	I	S	■